

relativa al provecho y común felicidad de sus súbditos. No entorpecámos sus proyectos con crímenes ni necedades. Vamos á ser el objeto de sus desvelos, y nuestra conservación el punto de vista de sus afanosas tareas, y así, cooperemos á ellas agradecidos, y confiémos en que jamás caerá el olivo de su mano, sino cuando las leyes lo compelan á castigar al delincuente, á pesar de que estos serán los actos más repugnantes á su dulce y amable carácter. Témallo como Juez el homicida, el ladrón y el criminal; tiemble el inicuo su justicia, y ódie el malvado, si quiere, sus rigores; entre tanto el pueblo fiel, honrrado y conocedor de la virtud ofrece sus votos al Padre de las luces, para que pródigamente las derrame sobre un Príncipe en quien espera hallar España apoyo, la América quietud, la Religión escudo, sus Ministros Sagrado, amparo la virtud, azote el vicio, y finalmente, todo ciudadano la barrera más inexpugnable que proteja y conserve en todo tiempo su inmunidad y sus derechos.

México, 4 de Marzo de 1813.

DIALOGO

entre la sombra del Sr. Revillagigedo, y la de un macero de esta capital.

CONDE.—¡Oh amigo Camilo, y que habéis ya venido á habitar estos campos espaciosos donde vive la verdad y el desengaño!

MACERO.—Sí, conde, la muerte conduce á estos lugares con igual rapidez á los virreyes y á los maceros.

COND.—Alégrome de vuestra venida sobremanera, porque fuísteis en el mundo hombre de bien y amigo de la verdad, y este carácter no podéis mudarle en los alcázares propios de su morada.

MAC.—Es así.

COND.—Decidme, pues, ¿qué se dice de mí en el mundo, especialmente en México?

MAC.—¡Oh amigo! Vos no habéis muerto en vuestra fama: todos os prodigan mil elogios, y por todas partes resuenan las más sinceras alabanzas á la memoria de vuestro nombre.

COND.—¿Es posible?

MAC.—Sí, señor.

COND.—Estoy por dudarlo.

MAC.—¿Y por qué?

COND.—Porque no fueron tan generales esos aplausos cuando goberné aquella ciudad.

MAC.—Eso no os debe hacer vacilar para creer lo que digo. ¿No sabéis que el constante carácter de los mortales es no estar satisfecho con nada por bueno que sea?

COND.—Es cierto: y esto se verifica mejor en los súbditos que jamás creen tener un superior que llene las obligaciones de su ministerio, sea quien fuere el que mande, y sea cual fuere el grado de su superioridad; pero bien sabéis que aun viven algunos de los que pusieron notas á mi gobierno, y por esto me hace fuerza hayan mudado de parecer.

MAC.—Pues así es. Yo no oí á nadie hablar sino con alabanza é interés de todas vuestras providencias, y acaso no hay virrey más nombrado que vos.

COND.—¿Conque llegaron á convencerse los mexicanos de que todos mis desvelos se dirigían á su felicidad?

MAC.—Sí, señor.

COND.—¡Oh ingrata propensión de los mortales, que muerdes al benefactor al recibir el beneficio, y lo

alabas cuando no puede lograr la satisfacción de las alabanzas! ¡Cuántos pasean estas moradas con la misma queja que yo!

MAC.—Eso debe consolaros, señor conde.

COND.—Sí: y más me consuela saber que yo no trabajé por el pueril interés de oír los suaves susurros de la lisonja; sino por felicitar á aquellos súbditos en cumplimiento de mi instituto.

Y á la verdad, decidme: ¿no me debe ser dulce y grata la memoria de que mis afanes no se perdieron en el todo, pues les hice mil beneficios á aquellos habitantes? ¿Cuántas culpas, cuántos robos y desgracias no se habrán evitado con la providencia del alumbrado? ¿Cuántas epidemias no se habrán excusado con la limpieza de las calles? ¿Qué hermosura no se añadió á lo exterior de la Catedral con haber quitado aquella indecente cerca de piedra que guarnecía su cementerio á modo de cerca de un corral de vacas? ¿Qué comodidad y hermosura no dí á la ciudad cegando las acequias, dilatando las atarjeas, empedrando las calles, poniéndolas ánditos ó banquetas, numerando sus casas, etc. etc.? De todo esto debe haber resultado un incalculable número de beneficios á los mexicanos; y solo el acordarme de que los reciben por mi celo y actividad, me es de lo más lisonjero: porque el corazón noble no debe tener otro carácter que el de benéfico, y los beneficios los debe hacer solo por hacerlos, y sin más interés que ser útil á los demás. Os aseguro que mis deseos eran más que mis obras, y á pesar de algunas ingratitudes, hubiera hecho más en aquella capital si hubiera durado más en ella.

MAC.—Así lo creo yo, y me parece que todos están persuadidos de lo mismo.

COND.—Pero decidme: ¿México ya será una de las más hermosas ciudades del universo? ¿se ha adelantado mucho en su policía? ¿están todas las

calles empedradas y con banquetas y atarjeas? ¿se ha extendido su caserío? ¿hay faroles hasta en los más escondidos arrabales? ¿se han añadido nuevos y hermosos paseos? ¿se han compuesto los pocos malos que había? ¿están las calles muy limpias? ¿se ha logrado que no se vean tirados en ellas á los ebrios? ¿se ha conseguido desterrar la vergonzosa desnudez de la plebe? ¿y se han puesto en ejecución todas aquellas ideas que dejé dibujadas en los pocos días de mi gobierno?

MAC.—No, señor, nada hay de cuanto preguntáis. Apenas ha quedado una sombra ó ligera señal de vuestros afanes. Las más de las calles están mal empedradas, sin ánditos, y con los pestilentes caños por en medio. No sólo no hay alumbrado en los arrabales: pero aun falta en algunas calles principales. Casas nuevas son muy pocas las que se han añadido. Paseos ninguno hay de más de los que dejásteis, y estos no han tenido ningunas creces, y sí mucho demérito: una yunta de bueyes cabe por el menor agujero de la cerca de la alameda. La acequia de la orilla, paseo que V. E. mejoró tanto, está llena de yerbas y *chichicaxtle*, de modo que en partes se les dificulta á las canoas pasar de una á otra orilla. Las calles están como antes: la diferencia es que antes estaban los muladares juntos frente á cada casa de vecindad, y ahora están regados ó esparcidos por lo largo de las calles: y no penséis los mayores muladares están en los parajes más públicos y decentes, como v. g. en la Plaza de armas, en los alrededores de Palacio, cementerio de Catedral, portales de Mercaderes, las Flores y Diputación, calle de Portacoeli y Acequia, etc etc. Es menester por estos lugares, y casi por todo México, andar con mucho cuidado para no pisar en blandito. Esto es por la limpieza; por lo que toca á los ebrios están á sus anchuras como antes, nadie los incomo-

da porque se tiren en la calle en pelota: gozan en el día de una paz octaviana, y bendicen la hora en que fué V. E. removido á España, porque los tenía en un puño. Si preguntáis por los encuerados, debo decir que no hay tierra en el mundo en donde la plebe se acredite mejor de hija de Adán que en México: siempre están como la taba: para ellos lo mismo tienen las manos y la cara para descubrirlas, que el monte de Venus. Canalla más sin vergüenza que esta yo ni la he visto, ni creo la haya en el mundo. Ultimamente, todo está así, y no sé cuando dejará de estar.

COND.—Hombre, me has contristado con tales nuevas. Pues dime ¿y qué hacen los actuales regidores que no procuran remediar estas cosas?

MAC.—Qué sé yo; á mí me dicen que hacen lo que pueden; pero yo creo que pueden poco, aunque hagan mucho. Como no hay dinero para todo esto, por eso no se hará.

COND.—No me convence la disculpa. ¿Qué caudales pusieron á mi disposición cuando entré al gobierno de aquella ciudad? Bien se sabe los que fueron. El pueblo, sí: el pueblo es el fondo de donde debe salir el metálico necesario para favorecer al mismo pueblo: y mientras haya pueblo no puede faltar moneda.

MAC.—No lo entiendo.

COND.—Pues está claro: las multas y la vigilancia para que se cobren justa é irremisiblemente á los infractores, hacen todo el costo necesario para llevar á puro y debido efecto las mejores providencias de policía. Pongan los señores regidores muchos celadores hombres de bien, y no se perdonen los doce reales al que se ensucie, ó tire una pajita en cualquiera calle, y verán la ciudad limpia y aseada. Hagan lo mismo con los ebrios, y se abstendrán de

escandalizar á ojos castos con su obscena y mal tolerada desnudez, y así de todo.

MAC.—V. E. dice muy bien, señor Conde. ¡Ojalá y así se haga en lo de adelante!

EL PERIQUILLO SARNIENTO.

Tomo III, capítulo I.

En el que refiere Periquillo cómo se acomodó con el doctor Purgante; lo que aprendió á su lado; el robo que le hizo; su fuga, y las aventuras que le pasaron en Tula, donde se fingió médico.

Ninguno diga quién es, que sus obras lo dirán.

Este proloquio es tan antiguo como cierto; todo el mundo está convencido de su infalibilidad; y así ¿qué tengo yo que ponderar mis malos procederes cuando con referirlos se ponderan? Lo que apeteciera, hijos míos, sería que no leyeráis mi vida como quien lee una novela, sino que pararais la consideración más allá de la cáscara de los hechos, advirtiendo los tristes resultados de la holgazanería, inutilidad, inconstancia y demás vicios que me afectaron; haciendo análisis de los extraviados sucesos de mi vida, indagando sus causas, temiendo sus consecuencias y desechando los errores vulgares que veis adoptados por mí y por otros; empapándoos en las sólidas máximas de la sana y cristiana moral que os presentan á la vista mis reflexiones, y en una palabra, desearía que penetrarais en todas sus partes la substancia de la obra; que os divirtierais con lo ridículo; que conocierais el error y

el abuso para no imitar el uno ni abrazar el otro, y que donde hallarais algún hecho virtuoso os enamorarais de su dulce fuerza y procurarais imitarlo. Esto es deciros, hijos míos, que deseara que de la lectura de mi vida sacarais tres frutos, dos principales y uno accesorio. Amor á la virtud, aborrecimiento al vicio y diversión. Este es mi deseo, y por esto, más que por otra cosa, me tomo la molestia de escribiros mis más escondidos crímenes y defectos; si no lo consiguiere, moriré al menos con el consuelo de que mis intenciones son laudables. Basta de digresiones, que está el papel caro.

Quedamos en que fuí á ver al doctor Purgante, y en efecto, lo hallé una tarde después de siesta en su estudio, sentado en una silla poltrona, con un libro delante y la caja de polvos á un lado. Era este sujeto alto, flaco de cara y piernas, y abultado de panza, triqueño y muy cejudo, ojos verdes, nariz de caballete, boca grande y despoblada de dientes, calvo, por cuya razón usaba en la calle peluquín con bucles. Su vestido, cuando lo fuí á ver, era una bata hasta los pies, de aquellas que llamaban de *quimones*, llena de flores y ramaje, y un gran birrete muy tieso de almidón y relumbroso de la plancha.

Luego que entré me conoció y me dijo:—¡Oh, Periquillo, hijo! ¿por qué extraños horizontes has venido á visitar este tugurio?—No me hizo fuerza su estilo, porque ya sabía yo que era muy pedante, y así le iba á relatar mi aventura con intención de mentir en lo que me pareciera; pero el doctor me interrumpió diciéndome:—Ya, ya sé la turbulenta catástrofe que te pasó con tu amo, el farmacéutico. En efecto, Perico, tú ibas á despachar en un instante al pacato paciente del lecho al féretro improvisamente, con el trueque del arsénico por la magnesia. Es cierto que tu mano trémula y atolondrada tuvo mucha parte de la culpa, mas no la tiene menos tu preceptor, el *fármaco*, y todo fué

por seguir su capricho. Yo le documenté que todas estas drogas nocivas y *venenáticas* las encubriera bajo una llave bien segura que sólo tuviera el oficial más diestro, y con esta asidua diligencia se evitarían estos equívocos mortales; pero á pesar de mis insinuaciones, no me respondía más sino que eso era particularizarse é ir contra la escuela de los *fármacos*, sin advertir que es propio del sabio mudar de parecer, *sapientis est mutare consilium*, y que la costumbre es otra naturaleza, *consuetudo est altera natura*. Allá se lo haya. Pero dime, ¿qué te has hecho tanto tiempo? Porque si no han fallado las noticias que en alas de la fama han penetrado mis *articulas*, ya días hace que te lanzaste á la calle de la oficina de Esculapio.

—Es verdad, señor, le dije; pero no había venido de vergüenza, y me ha pesado porque en estos días he vendido para comer mi capote, chupa y pañuelo.— ¡Qué estulticia! exclamó el doctor; la *verecundia* es muy buena, *optime bona*, cuando la origina crimen de *cogitato*; más no cuando se comete *involuntarie*, pues si en aquel *hic et nunc*, esto es, en aquel acto, supiera el individuo que hacía mal, *absque dubio*, sin duda, se abstendría de cometerlo. En fin, hijo carísimo, ¿tú quieres quedarte en mi servicio y ser mi *consodal in perpetuum*, para siempre?—Sí, señor, le respondí.—Pues bien. En esta *domo*, casa, tendrás desde luego, ó en primer lugar, *in primis*, el *panem nostrum quotidianum*, el pan de cada día; á más de esto, *aliunde*, lo potable necesario; *tertio*, la cama, *sic vel sic*, según se proporcione; *quarto*, los tegumentos exteriores heterogéneos de tu materia física; *quinto*, asegurada la parte de la higiene que apetecer puedes, pues aquí se tiene mucho cuidado con la dieta y con la observancia de las seis cosas naturales, y de las seis no naturales prescritas por los hombres más luminosos de la facultad médica; *sexto*, beberás la ciencia de Apolo *ex ore meo, ex visu tuo y ex bibliotheca nostra*, de mi boca, de tu vista y

de esta librería; por último, *postremo*, contarás cada mes para tus *surrupios* ó para *quodcumque velis*, esto es, para tus cigarros ó lo que se te antoje, quinientos cuarenta y cuatro maravedís limpios de polvo y paja, siendo tu obligación solamente hacer los mandamientos de la señora mi hermana; observar *modo naturalistarum*, al modo de los naturalistas, cuándo estén las aves *gallináceas* para *oviparar* y recoger los *albos* huevos, ó por mejor decir, los pollos por ser, ó *in fieri*; servir las viandas á la mesa, y finalmente, y lo que más te encargo, cuidar de la refacción ordinaria y *puridad* de mi mula, á quien deberás atender y servir con más prolijidad que á mi persona.

He aquí loh caro Perico! todas tus obligaciones y comodidades en *sinopsim* ó compendio. Yo, cuando te invité con mi pobre *tugurio* y consorcio, tenía el deliberado ánimo de poner un laboratorio de química y botánica; pero los continuos desembolsos que he sufrido me han reducido á la pobreza, *ad inopiam*, y me han frustrado mis primordiales designios; sin embargo, te cumplo la palabra de admisión, y tus servicios los retribuiré justamente, porque *dignus est operarius mercede sua*, el que trabaja es digno de la paga.

Yo, aunque muchos terminotes no entendí, conocí que me quería para criado entre de escalera abajo y de arriba; advertí que mi trabajo no era demasiado; que la conveniencia no podía ser mejor, y que yo estaba en el caso de admitir cosa menos; pero no podía comprender á cuánto llegaba mi salario; por lo que le pregunté, que por fin cuánto ganaba cada mes. A lo que el doctorote, como enfadándose me respondió:—¿Ya no te dije *claris verbis*, con claridad, que disfrutarías quinientos cuarenta y cuatro maravedís?—Pero, señor, insté yo, ¿cuánto montan en dinero efectivo quinientos cuarenta y cuatro maravedís? Porque á mí me parece que no merece mi trabajo tanto dinero.—Sí merece, *stultissime famule*, mozo atontadísimo, pues no importan esos centenares más que dos pesos.

—Pues bien, señor doctor, le dije, no es menester incomodarse; ya sé que tengo dos pesos de salario, y me doy por muy contento, sólo por estar en compañía de un caballero tan *sapiente* como usted, de quien sacaré más provecho con sus lecciones que no con los polvos y mantecas de don Nicolás.

—Y como que sí, dijo el señor Purgante, pues yo te abriré, como te apliques, los palacios de Minerva, y será esto premio superabundante á tus servicios, pues sólo con mi doctrina conservarás tu salud luengos años, y acaso, acaso te contraerás algunos intereses y estimaciones.

Quedamos corrientes desde ese instante, y comencé á cuidar de lisonjearlo, igualmente que á su señora hermana, que era una vieja, beata Rosa, tan ridícula como mi amo, y aunque yo quisiera lisonjear á Manueleta, que era una muchachilla de catorce años, sobrina de los dos y bonita como una plata, no podía, porque la vieja condenada la cuidaba más que si fuera de oro, y muy bien hecho.

Siete ú ocho meses permanecí con mi viejo, cumpliendo con mis obligaciones perfectamente; esto es, sirviendo la mesa, mirando cuándo ponían las gallinas, cuidando la mula y haciendo los mandados. La vieja y el hermano me tenían por un santo, porque en las horas que no tenía que hacer me estaba en el estudio, según las sólitas concedidas, mirando las estampas anatómicas del Porras, del Willis y otras, y entreteniéndome de cuando en cuando con leer los aforismos de Hipócrates, algo de Boerhave y de Van Swieten; el Etmulero, el Tissot, el Buchan, el Tratado de tabardillos, por Amar, el Compendio anatómico de Juan de Dios López, la Cirugía de La Faye, el Lázaro Riverio y otros libros antiguos y modernos, según me venía la gana de sacarlos de los estantes.

Esto, las observaciones que yo hacía de los remedios que mi amo recetaba á los enfermos pobres que iban á

verlo á su casa, que siempre eran á poco más ó menos, pues llevaba como regla el trillado refrán de «cómo te pagan vas», y las lecciones verbales que me daba, me hicieron creer que yo ya sabía medicina, y un día que me riñó ásperamente, y aun me quiso dar de palos porque se me olvidó darle de cenar á la mula, prometí vengarme de él y mudar de fortuna de una vez.

Con esta resolución esa misma noche le dí á doña mula ración doble de maíz y cebada, y cuando estaba toda la casa en lo más pesado de su sueño, la ensillé con todos sus arneses, sin olvidarme de la gualdrapa; hice un lío en el que escondí catorce libros, unos trunco, otros en latín y otros en castellano; porque yo pensaba que á los médicos y á los abogados los suelen acreditar los muchos libros, aunque no sirvan ó no los entiendan; guardé en el dicho maletón la capa de golilla y la golilla misma de mi amo, juntamente con una peluca vieja de pita, un formulario de recetas, y lo más importante, sus títulos de bachiller en medicina y la carta de examen, cuyos documentos los hice míos á favor de una navajita y un poquito de limón, con lo que raspé y borré lo bastante para mudar los nombres y las fechas.

No se me olvidó habilitarme de monedas, pues aunque en todo el tiempo que estuve en la casa no me habían pagado nada de salario, yo sabía en donde tenía la señora hermana una alcancía en la que rehundía lo que cercenaba del gasto, y acordándome de aquello de que quien roba al ladrón, etc., le robé la alcancía diestramente; la abrí y ví con la mayor complacencia que tenía muy cerca de cuarenta duros, aunque para hacerlos caber por la estrecha rendija de la alcancía los puso blandos.

Con este viático tan competente emprendí mi salida de la casa á las cuatro y media de la mañana, cerrando el zaguán y dejándoles la llave por debajo de la puerta.

A las cinco ó seis del día me entré en un mesón, diciendo que en el que estaba había tenido una mohina la noche anterior y quería mudar de posada.

Como pagaba bien, se me atendía puntualmente. Hice traer café, y que se pusiera la mula en caballeriza para que almorzara harto.

En todo el día no salí del cuarto, pensando á qué pueblo dirigiría mi marcha y con quién, pues ni yo sabía caminos ni pueblos, ni era decente aparecerse un médico sin equipaje ni mozo.

En estas dudas dió la una del día, hora en que me subieron de comer, y en esta diligencia estaba, cuando se acercó á la puerta un muchacho á pedir por Dios un bocadito.

Al punto que lo ví y lo oí, conocí que era Andrés, el aprendiz de casa de don Agustín, muchacho, no sé si lo he dicho, como de catorce años, pero de estatura de diez y ocho. Luego luego lo hice entrar, y á pocas vueltas de la conversación me conoció, y le conté cómo era médico y trataba de irme á algún pueblecillo á buscar fortuna, porque en México había más médicos que enfermos; pero que me detenía carecer de un mozo fiel que me acompañara y que supiera de algún pueblo dónde no hubiera médico.

El pobre muchacho se me ofreció y aun me rogó que lo llevara en mi compañía, que él había ido á Tepeji del Río en donde no había médico y no era pueblo corto, y que si nos iba mal allí, nos iríamos á Tula que era pueblo más grande.

Me agradó mucho el desembarazo de Andrés, y habiéndole mandado subir que comer, comió el pobre con bastante apetencia, y me contó cómo se estuvo escondido en un zaguán, y me vió salir corriendo de la barbería, y á la vieja tras de mí con el cuchillo; que yo pasé por el mismo zaguán donde estaba, y á poco de que la vieja se metió á su casa, corrió á alcanzarme, pero que no le fué posible; y no lo dudo: ¡tal corría yo cuando me espoleaba el miedo!

Díjome también Andrés que él se fué á su casa y contó todo el pasaje; que su padrastro lo regañó y lo golpeó mucho, y después lo llevó con una corma á casa de don Agustín; que la maldita vieja, cuando vió que yo no parecía, se vengó con él levantándole tantos testimonios que se irritó el maestro demasiado, y dispuso darle un novenario de azotes, como lo verificó, poniéndolo en los nueve días hecho una lástima, así por los muchos y crueles azotes que le dió, como por los ayunos que le hicieron sufrir al traspaso; que así que se vengó á su satisfacción la inicua vieja, lo puso en libertad quitándole la corma, echándole su buen sermón, y concluyendo con aquello de *cuidado con otra*; pero que él, luego que tuvo ocasión, se huyó de la casa con ánimo de salirse de México, y para ésto se andaba en los mesones pidiendo un bocadito y esperando coyuntura de marcharse con el primero que encontrase.

Acabó Andrés de contarme todo esto mientras comió, y yo le disfracé mis aventuras haciéndole creer que me había acabado de examinar en medicina; que ya le había insinuado que quería salir de esta ciudad, y así que me lo llevaría de buena gana, dándole de comer y haciéndolo pasar por barbero en caso de que no lo hubiera en el pueblo de nuestra ubicación.

—Pero, señor, decía Andrés, todo está muy bien; pero si yo apenas sé afeitar un perro, ¿cómo me arriesgaré á meterme á lo que no entiendo?—Cállate, le dije, no seas cobarde: sábetete que *audaces fortuna juvat, timidosque repellit*.—¿Qué dice usted, señor, que no lo entiendo?—Que á los atrevidos, le respondí, favorece la fortuna, y á los cobardes los desecha; y así no hay que desmayar; tú serás tan barbero en un mes que estés en mi compañía, como yo fui médico en el poco tiempo que estuve con mi maestro, á quien no sé bien cuánto le debo á esta hora.

Admirado me escuchaba Andrés, y más lo estaba al

oírme disparar mis latinajos con frecuencia, pues no sabía que lo mejor que yo aprendí del doctor Purgante fué su pedantismo y su modo de curar, *methodus medendi*.

En fin, dieron las tres de la tarde y me salí con Andrés al Baratillo, en donde compré un colchón, una cubierta de baqueta para envolverlo, un baúl, una chupa negra y unos calzones verdes con sus correspondientes medias negras, zapatos, sombrero, chaleco encarnado, corbatín y un capotito para mi fámulo y barbero que iba á ser, á quién también le compré seis navajas, una bacía, un espejo, cuatro ventosas, dos lancetas, un trapo para paños, unas tijeras, una jeringa grande y no sé qué otras baratijas; siendo lo más raro que en todo este ajuar apenas gasté veintisiete ó veintiocho pesos. Ya se deja entender que todo ello estaba como del Baratillo; pero con todo eso, Andrés volvió al mesón contentísimo.

Luego que llegamos pagué al cargador y acomodamos en el baúl nuestras alhajas. En esta operación vió Andrés que mi haber en plata efectiva apenas llegaba á ocho ó diez pesos. Entonces, muy espantado, me dijo:—¡Ay, señor! ¿Y qué, con ese dinero no más nos hemos de ir?—Sí, Andrés, le dije; ¿pues y qué, no alcanza?—¿Cómo ha de alcanzar, señor? ¿Pues y quién carga el baúl y el colchón de aquí á Tepeji ó á Tula? ¿qué comemos en el camino? ¿y por fin, con qué nos mantenemos allí mientras que tomamos crédito? Ese dinero *orita orita* se acaba, yo no veo que usted tenga ni ropa ni alhajas, ni cosa que lo valga, que empeñar.

No dejaron de ponerme en cuidado las reflexiones de Andrés; pero ya, para no acobardarlo más, y ya porque me iba mucho en salir de México, pues yo tenía bien tragado que el médico me andaría buscando como á una aguja (por señas que cuando fui al Baratillo, en un zaguán compré la mayor parte de los tili-

ches que dije) y temía que si me hallaba, iba yo á dar á la cárcel, y de consiguiente á poder de Chanfaina. Por esto, con todo disimulo y pedantería, le dije á Andrés:—No te apures, hijo: *Deus providebit*.—No sé lo que usted me dice, contestó Andrés; lo que sé es que con ese dinero no hay ni para empezar.

En estas pláticas estábamos, cuando á cosa de las siete de la noche, en el cuarto inmediato oí ruido de voces y pesos. Mandé á Andrés que fuera á espiar qué cosa era. El fué corriendo y volvió muy contento diciéndome:—Señor, señor, ¡qué bueno está el juego! —¿Pues qué están jugando?—Sí, señor; dijo Andrés; están en el cuarto diez ó doce payos jugando albures, pero ponen los chorizos de pesos.

Picóme la culebra, y abrí el baúl, cogí seis pesos de los diez que tenía y le dí la llave á Andrés diciéndole que la guardara, y que aunque se la pidiera y me matara no me la diera, pues iba á arriesgar aquellos seis pesos solamente, y si se perdían los cuatro que quedaban, no teníamos ni con qué comer, ni con qué pagar el pesebre de la mula á otro día. Andrés, un poco triste y desconfiado, tomó la llave, y yo me fuí á entrometer en la rueda de los tahures.

No eran estos tan payos como yo los había menester; estaban más que medianamente instruidos en el arte de la baraja, y así fué preciso irme con tiento. Sin embargo, tuve la fortuna de ganarles cosa de veinticinco pesos, con los que me salí muy contento, y hallé á Andrés durmiéndose sentado.

Lo desperté y le mostré la ganancia, la que guardó muy placentero contándome como ya tenía el viaje dispuesto y todo corriente; porque abajo estaban unos mozos de Tula que habían traído un colegial y se iban de vacío; que con ellos había propalado el viaje, y aun se había determinado á ajustarlo en cuatro pesos, y que sólo esperaban los mozos que yo confirmara el ajuste.—¿Pues no lo he de confirmar, hijo? le dije á Andrés; anda y llama á esos mozos ahora mismo.

Bajó Andrés como un rayo y subió luego luego con los mozos, con quienes quedé en que me habían de dar mula para mi avío y una bestia de silla para Andrés; todo lo que me ofrecieron, como también que habían de madrugar antes del alba, y se fueron á recoger.

A seguida mandé á mi criado que fuera á comprar una botella de aguardiente, queso, bizcochos y chorizos para otro día, y, mientras que él volvía, hice subir la cena.

No me cansaba yo de complacerme en mi determinación de hacerme médico, viendo cuán bien se facilitaban todas las cosas, y al mismo tiempo daba gracias á Dios que me había proporcionado un criado tan fiel, vivo y servicial como Andresillo, quien en medio de estas contemplaciones fué entrando cargado con el repuesto.

Cenamos los dos amigablemente, echamos un buen trago y nos fuimos á acostar temprano, para madrugar, despertando á buena hora.

A las cuatro de la mañana ya estaban los mozos tocándonos la puerta. Nos levantamos y desayunamos mientras que los arrieros cargaban.

Luego que se concluyó esta diligencia, pagué el gasto que habíamos hecho yo y mi mula, y nos pusimos en camino.

Yo no estaba acostumbrado á caminar, con esto me cansé pronto y no quise pasar de Cuautitlán, por más que los mozos me porfiaban que fuéramos á dormir á Tula.

Al segundo día llegamos al dicho pueblo, y yo posé ó me hospedé en la casa de uno de los arrieros, que era un pobre viejo, sencillote y hombre de bien, á quien llamaban tío Bernabé, con el que me convine en pagar mi plato, el de Andrés y el de la mula, sirviéndole, por vía de gratificación, de médico de cámara para toda su familia, que eran dos viejas: una su mujer y otra su hermana; dos hijos grandes y una hija pequeña como de doce años.

El pobre admitió muy contento, y cátenme ustedes ya radicado en Tula, y teniendo que mantener al maestro barbero, que así llamaremos á Andrés, á mí y á mi *macha*; que aunque no era mía, yo la nombraba por tal; bien que siempre que la miraba me parecía ver delante de mí al doctor Purgante con su gran bata y birrete parado, que lanzando fuego por los ojos me decía:—Pícaro, vuélveme mi mula, mi gualdrapa, mi golilla, mi peluca, mis libros, mi capa y mi dinero, que nada es tuyo.—Tan cierto es, hijos míos, aquel principio de derecho natural que nos dice, que en donde quiera que está la cosa clama por su dueño. *Ubi cumque res est, pro domino suo clamat.* ¿Qué importa que el albacea se quede con la herencia de los menores porque éstos no son capaces de reclamarla? ¿qué con que el usurero retenga los lucros? ¿qué con que el comerciante se engrandezca con las ganancias ilícitas? ¿ni qué con que otros muchos, valiéndose de su poder ó de la ignorancia de los demás, disfruten procazmente los bienes que les usurpan? Jamás los gozarán sin zozobras, ni por más que disimulen podrán acallar su conciencia, que incesantemente les gritará: Esto no es tuyo, esto es mal habido; restitúyelo ó perecerás eternamente.

Así me sucedía con lo que le hurté á mi pobre amo; pero como los remordimientos interiores rara vez se conocen en la cara, procuré asentar mi conducta de buen médico en aquel pueblo, prometiendo interiormente restituirle al doctor todos sus muebles en cuanto tuviera proporción. Bien que en esto no hacía yo más que ir con la corriente.

Como no se me habían olvidado aquellos principios de urbanidad que me enseñaron mis padres, á los dos días, luego que descansé, me informé de quiénes eran los sujetos principales del pueblo, tales como el cura y sus vicarios; el subdelegado y su director, el alcahalero, el administrador de correos, tal cual tendero y

otros señores decentes; y á todos ellos envié recado con el bueno de mi patrón y Andrés, ofreciéndoles mi persona é inutilidad.

Con la mayor satisfacción recibieron todos la noticia, correspondiendo corteses á mi cumplimiento, y haciéndome mis visitas de estilo, las que yo también les hice de noche vestido de ceremonia, quiero decir, con mi capa de golilla, la golilla misma y mi peluca encasquetada, porque no tenía traje mejor ni peor; siendo lo más ridículo que mis medias eran blancas, todo el vestido de color y los zapatos abotinados, con lo que parecía más bien alguacil que médico; y para realzar mejor el cuadro de mi ridiculez, hice andar conmigo á Andrés con el traje que le compré, que os acordaréis que era chupa y medias negras, calzones verdes, chaleco encarnado, sombrero blanco y su capotillo azul rabón y remendado.

Ya los señores principales me habían visitado, según dije, y habían formado de mí el concepto que quisieron; pero no me había visto el común del pueblo vestido de punta en blanco ni acompañado de mi escudero; mas el domingo que me presenté en la iglesia vestido á mi modo entre médico y corchete, y Andrés entre tordo y perico, fué increíble la distracción del pueblo, y creo que nadie oyó misa por mirarnos; unos burlándose de nuestras extravagantes figuras, y otros admirándose de semejantes trajes. Lo cierto es que cuando volví á mi posada fué acompañado de una multitud de muchachos, mujeres, indios, indias y pobres rancheros que no cesaban de preguntar á Andrés quiénes éramos. Y él muy mesurado les decía: Este señor es mi amo, se llama el señor doctor don Pedro Sarmiento, y médico como él no lo ha parido el reino de Nueva España; y yo soy su mozo; me llamo Andrés Cascajo y soy maestro barbero, y muy capaz de afeitarse á un capón, de sacarle sangre á un muerto y desquijarar á un león si trata de sacarse alguna muela.

Estas conversaciones eran á mis espaldas; porque yo, á fuer de amo, no iba lado á lado con Andrés, sino por delante y muy gravadoso y presumido escuchando mis elogios; pero por poco me echo á reír á dos carrillos cuando oí los despropósitos de Andrés y advertí la seriedad con que los decía, y la sencillez de los muchachos y gente pobre que nos seguía colgados de la lengua de mi lacayo.

Llegamos á la casa entre la admiración de nuestra comitiva, á la que despidió el tío Bernabé con buen modo, diciéndoles que ya sabían dónde vivía el señor doctor para cuando se les ofreciera. Con este se fueron retirando todos á sus casas y nos dejaron en paz.

De los medicillos que me sobraron compré, por medio del patrón, unas cuantas varas de *pontivi*, y me hice una camisa y otra á Andrés, dándole á la vieja casi el resto para que nos dieran de comer algunos días, sin embargo del primer ajuste.

Como en los pueblos son muy noveleros, lo mismo que en las ciudades, al momento corrió por toda aquella comarca la noticia de que había médico y barbero en la cabecera, y de todas partes iban á consultarme sobre sus enfermedades.

Por fortuna los primeros que me consultaron fueron de aquellos que sanan aunque no se curen, pues les bastan los auxilios de la sabia naturaleza, y otros padecían porque ó no querían ó no sabían sujetarse á la dieta que les interesaba. Sea como fuere, ellos sanaron con lo que les ordené, y en cada uno labré un clarín á mi fama.

A los quince ó veinte días, ya yo no me entendía de enfermos, especialmente indios, los que nunca venían con las manos vacías, sino cargando gallinas, frutas, huevos, verduras, quesos y cuanto los pobres encontraban. De suerte que el tío Bernabé y sus viejas estaban contentísimas con su huésped. Yo y Andrés no estábamos tristes, pero más quisieramos monedas; sin

embargo de que Andrés estaba mejor que yo, pues los domingos desollaba indios á medio real que era una gloria, llegando á tal grado su atrevimiento, que una vez se arriesgó á sangrar á uno y por accidente quedó bien. Ello es que con lo poco que había visto y el ejercicio que tuvo se le agilitó la mano, en términos que un día me dijo: *Ora sí, señor, ya no tengo miedo, y soy capaz de afeitar al Sursum corda.*

Volaba mi fama de día en día, pero lo que me encumbró á los cuernos de la luna fué una curación que hice (también de accidente como Andrés) con el alcabalero, para quien una noche me llamaron á toda prisa.

Fuí corriendo, y encomendándome á Dios para que me sacara con bien de aquel trance, del que no sin razón pensaba que pendía mi felicidad.

Llevé conmigo á Andrés con todos sus instrumentos, encargándole en voz baja, porque no lo oyera el mozo, que no tuviera miedo como yo no lo tenía; que para el caso de matar á un enfermo, lo mismo tenía que fuera indio que español, y que nadie llevaba su pelea más segura que nosotros; pues si el alcabalero sanaba, nos pagarían bien y se aseguraría nuestra fama; y si se moría, como de nuestra habilidad se podía esperar, con decir que ya estaba de Dios y que se le había llegado su hora, estábamos del otro lado, sin que hubiera quién nos acusara de homicidio.

En estas pláticas llegamos á la casa, que la hallamos hecha una Babilonia; porque unos entraban, otros salían, otros lloraban y todos estaban aturcidos.

A este tiempo llegó el señor cura y el padre vicario con los santos óleos.—Malo, dije á Andrés: esta es enfermedad ejecutiva, aquí no hay medio; ó quedamos bien ó quedamos mal. Vamos á ver cómo nos sale este albur.

Entramos todos juntos á la recámara y vimos al enfermo tirado boca arriba en la cama, privado de senti-

dos, cerrados los ojos, la boca abierta, el semblante de-
negrido y con todos los síntomas de un apoplético.

Luego que me vieron junto á la cama la señora su
esposa y sus niñas, se rodearon de mí y me pregunta-
ron, hechas un mar de lágrimas:—¡Ay, señor! ¿qué di-
ce usted, se muere mi padre? Yo, afectando mucha se-
renidad de espíritu y con una confianza de un profeta,
les respondí:—Callen ustedes, niñas, ¡qué se ha de
morir! estas son efervecencias del humor sanguíneo,
que oprimiendo los ventrículos del corazón embargan
el cerebro, porque cargan con el *pondus* de la sangre
sobre la espina medular y la traquearteria; pero todo
esto se quitará en un instante, pues *si evaquatio fit,*
recetéd plethora, con la evacuación nos libraremos de
la plétora.

Las señoras me escuchaban atónitas, y el cura no
se cansaba de mirarme de hito en hito, sin duda mo-
fándose de mis desatinos, los que interrumpió dicen-
do:—Señoras, los remedios espirituales nunca dañan
ni se oponen á los temporales. Bueno será absolver á
mi amigo por la bula y olearlo, y obre Dios.

—Señor cura, dije yo con toda la pedantería que
acostumbraba, que era tal que no parecía sino que la
había aprendido con escritura; señor cura, usted dice
bien, y yo no soy capaz de introducir mi hoz en mies
ajena; pero, *venia tanti*, digo que esos remedios espiri-
tuales, no sólo son buenos, sino necesarios, *necessitate
medii y necessitate praecepti in articulo mortis: sed sic est,*
que no estamos en ese caso; *ergo*, etc.

El cura, que era harto prudente é instruído, no qui-
so hacer alto en mis charlatanerías, y así me contestó:
—Señor doctor, el caso en que estamos no da lugar á
argumentos, porque el tiempo urge: yo sé mi obliga-
ción y esto importa.

Decir esto y comenzar á absolver al enfermo, y el
vicario á aplicarle el santo sacramento de la Unción,
todo fué uno. Los dolientes, como si aquellos socorros

espirituales fueran el fallo cierto de la muerte de su
deudo, comenzaron á aturdir la casa á gritos. Luego
que los señores eclesiásticos concluyeron sus funcio-
nes, se retiraron á otra pieza cediéndome el campo y
el enfermo.

Inmediatamente me acerqué á la cama, le tomé el
pulso, miré á las vigas del techo por largo rato; des-
pués le tomé el otro pulso haciendo mil monerías, co-
mo eran arquear las cejas, arrugar la nariz, mirar al
suelo, morderme los labios, mover la cabeza á uno y
otro lado y hacer cuantas mudanzas pantomímicas me
parecieron oportunas para aturdir á aquellas pobres
gentes que, puestos los ojos en mí, guardaban un
profundo silencio, teniéndome sin duda por un segun-
do Hipócrates; á lo menos esa fué mi intención, como
también ponderar el gravísimo riesgo del enfermo y lo
difícil de la curación, arrepentido de haberles dicho
que no era cosa de cuidado.

Acabada la tocada del pulso, le miré el semblante
atentamente, le hice abrir la boca con una cuchara pa-
ra verle la lengua, le alcé los párpados, le toqué el
vientre y los pies, é hice dos mil preguntas á los asis-
tentes sin acabar de ordenar ninguna cosa, hasta que
la señora, que ya no podía sufrir mi cachaza, me dijo:
—Por fin, señor, ¿qué dice usted de mi marido? ¿es
de vida ó de muerte?

—Señora, le dije, no sé de lo que será; sólo Dios
puede decir que es de vida y resurrección, como lo fué
Lazarum quem resuscitavit á monumento factidum, y si lo
dice, vivirá aunque esté muerto. *Ego sum resurrectio et
vita, qui credidit in me, etiam si mortuus fuerit, vivet.*
—¡Ay, Jesús! gritó una de las niñas, ya se murió mi
padrecito.

Como ella estaba junto al enfermo, su grito fué tan
extraño y doloroso, y cayó privada de la silla, pensa-
mos todos que en realidad había espirado, y nos ro-
deamos de la cama.